



XVII

Agila, al cruzar la cocina de su alojamiento, vió dos sombras que estaban calentándose cerca del fuego. Y al subir la escalera del sobrado, oyó la voz asombradiza de la dueña:

—¡El Demonio lo hace!... Cubre con la anguarina el cuerpo del lobo. ¡El Demonio lo hace, pues se me representa mi marido, Don Diego!

Agila iba casi huyendo, con el alma recogida

LA GUERRA CARLISTA

y atenta. Salía del palacio donde la vieja se quejaba apretando los labios, y había tenido un gran miedo de que viéndole salir le llamase. ¿Qué le hubiera dicho entonces la tía Rosalba? Agila recordaba su expresión dulce y pueril, con la frente vendada, y seguía pensando en lo mismo. ¿Qué le hubiera dicho? Probablemente le hablaría bajando mucho la voz, para que los criados no se enterasen, y le amenazaría con la mano igual que á un niño:

— ¡Eres muy travieso, marquesito!

Agila recordaba aquel momento de rodar la vieja. Lo recordaba claramente con una gran sequedad interior, y experimentaba la sensación desengañada del niño que ha roto un juguete para sacar tan sólo una espiral de alambre. Cruzaba la cocina de su alojamiento con una basca triste, con una angustia de odio y de venganza.

GERIFALTES DE ANTAÑO

Hubiera querido que los carlistas incendiasen el palacio de su abuela, tras de haber emplumado á todas las brujas de Otain. Se acostó en una sala grande, donde había otra cama, y con los ojos cerrados para no ver luz, siguió removiéndose ideas de odio, como remueve el sepulturero la tierra llena de larvas. Pero acabó por sumergirse en los círculos infernales de la idea fija, por devanar un pensamiento largo, constante, igual. La impresión de mareo que esto le producía, acabó por recordarle el cable que una noche de luna soltaban en el mar fosforescente, desde la sombra de un bergantín carbonero. Y de pronto, vuelve á encontrarse mirando dentro de sí con una obstinación egoísta y sentimental. ¡Se dejaría matar! Agila, en aquel momento, tendido en el lecho, con los ojos cerrados, con las manos juntas, encuentra que la muerte es

LA GUERRA CARLISTA

un paso muy suave. Sus ideas, enlazadas con el quimérico razonar de las pesadillas, le muestran en el sacrificio de su vida una bella venganza. La evocación de su casa, trastornada bajo la noticia de su muerte, le da una impresión dolorosa y voluptuosa. Recorre todas las estancias con el pensamiento: Ve á los criados, que llevan libreas de luto y andan como sombras, ve á sus padres, lívidos por el remordimiento, sentados frente á frente, odiándose y acusándose. ¡Se dejaría matar! Devanaba incesantemente aquel pensamiento largo, igual, que ahora se correspondía con una sensación oscura, tan lejana, que parece sensación de otra vida. Descubría en sí el recuerdo anterior de todo aquello que pensaba, el hilo inconsutil de otra conciencia que, al seguirlo, se quiebra en círculos de sombra. Tan vago era todo aquello, tan en los

GERIFALTES DE ANTAÑO

limbos del olvido, que ya ningún recuerdo podía florecer en ellos su rosa de luz. Ágil modula á media voz con ahogo de niño:

—¡Me dejaré matar!... ¡Me dejaré matar!

En el mismo momento abre los ojos. Ha sentido un soplo magnético en los párpados, que se hacen ligeros, casi ingrátidos. Un hombre vestido de pieles está mirándole muy fijo desde el fondo de la estancia, y la puerta se va cerrando quedamente por sí sola. El hombre que acaba de entrar y le está mirando parece un pastor. Tiene en las pupilas una luz montañera, y en las pieles del vestido el aroma de las urces quemadas en la majada. Recogido en sí mismo, le reprende con los ojos extáticos, y tienen sus palabras la clara ingenuidad de los que beben en la fontana de Cristo:

—¡Mal idear tienes, compañero! ¡Malas ideas

LA GUERRA CARLISTA

son las tuyas si eres cristiano!

Agila no recuerda que habló en voz alta, y se estremece oyendo al pastor. Bajo la mirada fija de aquel iluminado, cierra los ojos, y con los labios helados, aún intenta sonreír.



XVIII

El cabrero sacó del zurrón un ángel, esculpido por él en madera olorosa de limón, y sentado sobre la cama, cerca de la luz, se aplicó á perfilarle el plumaje de las alas con la punta de su cuchillo. Agila le miraba lleno de curiosidad. El pastor, al cabo de un momento, levantó los ojos, que tenían la pureza de los horizontes montañosos:

—¡No es buena cosa la guerra!

Agila respondió moviendo la cabeza:

LA GUERRA CARLISTA

—No, no es buena cosa.

—¿Extrañas la casa de tus padres, mocé?

Agila, temeroso de que la voz delatase su emoción, afirmó con un gesto. Y el pastor le miraba profundamente:

—Tienes malos pensamientos. Tú dices: Esta vida no es buena, me dejaré matar, y no piensas que si tus padres te la dieron, no será tan mala.

El cabrero se detuvo contemplando el rayado que hacía su cuchillo en las alas del ángel. Agila le interrogó:

—¿Tú, cómo estás aquí?

—Voy al Santuario de San Miguel.

—¿Muy lejos?

—Cimero, cimero en el monte Aralar.

—¿Tienes allí tu rebaño?

—Tengo mi devoción. Si no te gusta la guerra, bien harías en seguir conmigo.

GERIFALTES DE ANTAÑO

Agila quedó caviloso:

—No puede ser... Me cogerían.

El pastor le reconvinó dulcemente:

—Si no te gusta la guerra, no andes en ella más tiempo.

Agila cerró los ojos y cruzó las manos sobre el pecho. Sólo se oía el cuchillo del pastor rasgando la madera olorosa á limón. Al cabo de algún tiempo detuvo la punta, y calentándola en la luz, posó los ojos en Agila:

—Yo también anduve en la guerra... Y me fui por la gran maldad de un capitán, que hizo matar á otro.

—¿Tú eras carlista?

—Sí.

—¿Y no temes que te delate?

Agila interrogaba con una sonrisa antipática y llena de indiferencia, sin alzar la cabeza de

LA GUERRA CARLISTA

las almohadas. El pastor contemplaba el cuchillo que enrojecía en la luz del velón:

—No lo temo, no... Algún día pudo ocurrir que nos hallásemos frente á frente en una trinchera para matarnos... Pero ahora ya por nada de este mundo me determinaría á causarte mal. ¿Y tú á mí, compañerito?

Los verdes ojos de Agila eran dos piedras verdes, de una dureza cruel:

—¿Yo á ti?...

Pero los ojos del pastor estaban llenos de luz, y Agila sintió una emoción extraña. Había querido replicar con perfidia, y le quebraba la voz aquella emoción que le invadía. Balbuceó apenas:

—Tampoco yo á ti, compañero.

Se le humedecieron los párpados hasta cegar en gran resplandor, como si volasen sobre ellos

GERIFALTES DE ANTAÑO

las tórtolas de luz que temblaban en los mecheros del velón. Murmuró en voz muy baja:

—¿Por qué no temes, hombre de Dios?

—Hombre de Dios soy... Es la verdad del mundo que todos lo somos.

Agila le miraba sin comprender:

—Todos, sí...

—Los hombres todos son de Dios. Las almas, unas són de Dios y otras del Demonio. ¡Pero los hombres, todos de Dios!

—Todos, sí...

—Tú, por muy malo que seas, siempre eres de Dios. Tienes tú que morir para ser del Demonio.

Agila hizo un esfuerzo para responder:

—¡No hay Demonio!

El pastor se rió abrazado á su ángel:

—¡Dice que no hay Demonio! Mi San Miguel

LA GUERRA CARLISTA

pequeño, dice que no lo hay porque tú le tienes puesta la lanza encima.

Agila repitió con mayor firmeza:

—¡No hay Demonio!

Empezó á temblar el pastor:

—¡Lo hay! ¡Lo hay! ¡Lo hay! ¿Pues quién está hablando dentro de ti?

Agila sintió que le recorría la carne una sabbandija veloz. Se cubrió los ojos con la mano:

—¡Calla, hombre de Dios!

—¡De Dios, porque todos en el mundo lo somos. Digo, tocante al nombre que me dieron con la santa agua, Ciro Cernin.

Agila le sonrió como á un hermano infeliz:

—¿Y por qué no temes, Ciro Cernin?

—Porque el Angel se me apareció, ordenándome ir con los pastores que tienen sus ganados por los contornos del Santuario. Y el mandato

GERIFALTES DE ANTAÑO

del Angel toda la vida se ha cumplido. Un caballero que murió sin quererle cumplir, tuvo por castigo hacerse piedra. Y rodando, rodando por los caminos miles de años, llegó aquella piedra á la misma puerta del Santuario. Y conforme llegó fué perdonada.

Agila pensó desesperado:

—¡Piedra mia, corazón mio, piedra la más dura, qué caminos aún rodarás para ser perdonada!

Osciló la luz. Una patrulla de caballería pasaba trotando bajo la ventana.





XIX

Todas las confidencias daban en la frontera al Cura Santa Cruz.

El terrible cabecilla, perseguido de los carlistas y de los republicanos, tenía que andar con un pie en la raya de Francia. El Rey Don Carlos, tiempo atrás habíale mandado llamar, pero el rebelde, fingiéndose enfermo, esquivó presentarse en la Corte de Estella. Desde entonces, por los mercados de las villas se anunciaba que iba sobre él, con muchas tropas, el general

LA GUERRA CARLISTA

Don Antonio Lizárraga. El Cura, ante aquellas nuevas, permanecía en los montes de la frontera, al acecho de una ocasión propicia para invadir el solar de Guipúzcoa. Tenía allí muchos amigos, y esperaba poder burlar á republicanos y carlistas, aun cuando los dos bandos se juntasen para perseguirle. Y tal suceso, de juzgarle como á un bandolero, lo iban pregonando por aquellos caseríos algunos cabecillas parciales del general Lizárraga.

En Arguiña, donde sólo una noche tuvo campo, se le habían unido los voluntarios de Sorotea. Pocos iban de grado, pero contrario á seguirle no se declaraba ninguno. Estaban faltos de capitán, y sin descubrir entre ellos quién pudiera serlo. Fué en esta gran desesperanza, cuando llegó y los metió en sus filas Santa Cruz. Cayó la partida con revuelo de gerifaltes. El

GERIFALTES DE ANTAÑO

dónde eran, y los mandó formar. Rezaron juntos el rosario los veteranos y los nuevos, y aquella misma noche, cantando la letanía, los sacó á todos de Arguiña. Encomendó á Juan Elizalde, primo hermano suyo y gran veredero, que guiase la partida á través de los montes, y él, sólo con treinta perros mastines, se volvió desandando camino.

El Cura Santa Cruz, por castigar las deserciones que comenzaban en su hueste, bajó á incendiar los caseríos, donde, al huir de su bandera, se habían acogido algunos partidarios de Miquelo Egoscué. En esta correría, que parece un romance de algara, retornó hasta las puertas de Otain. Hizo con sus mastines una jornada de veinte leguas. Cerca de Belza, cogió prisioneros á siete fugitivos, y después de llevarlos descalzos por caminos fragosos, los mandó fu-

LA GUERRA CARLISTA

silar, bajo la gloria del sol, en el robledo centenario de Arguiña. Los cuerpos fueron entregados á las mujeres para que los amortajaran. Y después, como los otros desertores ya podían estar en salvo, por caminos escusados salió al encuentro de los suyos, que aún iban atravesando los montes. En la marcha sobre la frontera, fué dejando como retaguardia patrullas de pocos hombres, que, corriendo el campo por la línea del río, llegaron alguna vez á tirotearse con los centinelas de Otain y de Elizondo.

Un día tuvo libre el paso á Guipúzcoa. Y aquel día supo que un viejo cabecilla, recuerdo de la otra guerra, estaba escondido en un caserío, enfermo de mal de piedra. Esto bastó para encenderle y abrirle las alas. Con aquella ansia por juntar en su puño todas las partidas, bajó del monte, y en una marcha nocturna, atravesó

GERIFALTES DE ANTAÑO

las líneas carlistas y las republicanas. Al rayar el sol, ya tenía cercado el caserío donde agonizaba sentado en un sillón, con la capa sobre los hombros y la barba crecida, el veterano Don Pedro Mendía.

Estas andaces apariciones, repetidas muchas veces, ponían un acento de asombro á las confianzas que seguían dándole en la raya de Francia.





XX

Eulalia, cuando entró en la saleta de su abuela, venía sofocada y riente, seguida de Jorge. Al verla, un grupo de muchachas que rodeaba á la vieja señora, se alzó con rumor de bandada volando á besarla. Sólo una dama flaca, morena y bizca, permaneció sentada cerca de la Marquesa. Era la madre de aquellas niñas, y tenía un parentesco de tradición con la casa del general Redín. Muy amable, de palabra melosa, estaba casi en el suelo, y acariciaba sobre

LA GUERRA CARLISTA

sus rodillas una mano de la tía Paquita. Su figura se destacaba por oscuro sobre una cortina de encaje, delante de un balcón. Tenía el perfil triste, la silueta flaca, toda la figura muy severa, de una rancia hidalguía castellana. Pero hablando se metía en el corazón con sus palabras de miel, á veces de una malicia bobalicona y graciosa, un poco de priora. Por su matrimonio con un viejo calavera y devoto, muy afecto á los fueros, era Condesa de Santa María de Vértiz. Las niñas, feas, morenas y con los ojos negros, tenían el perfil de su madre. Eulalia les decía al pagar sus besos:

—¿No pensaréis en iros hoy?

Acababan de llegar en un landó, tirado por cuatro mulas que aún cascabeleaban á la puerta del palacio. Venían de su granja, un predio de leguas, con iglesia en su término, dependiente

GERIFALTES DE ANTAÑO

en lo antiguo de los abades de Vértiz. Era una jornada muy larga por el camino real, y algunos trajinantes la dividían en dos, haciendo alto en la Venta del Galán. Eulalia les preguntó cuándo habían salido, y el coro de niñas hizo una escala de huecas flautas:

—Aún era de noche. Comimos en vuestro roble de Ormaz. ¡Estaba un día de soll...

La Condesa levantó su voz dulce y persuasiva:

—Venimos para llevaros, Eulalia. Eso le estoy diciendo á la tía. Con esa condición nos quedamos, hermosa.

Eulalia se acercó á la Condesa de Vértiz:

—¡Tú estás muy buena, Estefanía!

—Muy resignada con mis arrugas, hija... Pues tuve telegrama de tus padres, suplicándome que convenza á la tía...

LA GUERRA CARLISTA

Eulalia preguntó con descuido:

—¿Dónde están ahora?

—¿No te han escrito?

—Sí, pero no recuerdo dónde están.

Comentó, con los labios estirados, la vieja Marquesa:

—Sabe que están buenos, pero no recuerda dónde fechaban. ¿Qué extraño es? Yo tampoco lo recuerdo... Si Rosalba no hubiera perdido la carta.

Toda mieles hizo un mimo la otra señora en la mano arrugada de la vieja:

—Tiene razón, tía, razón que le sobra. A mí me pasa lo mismo, tampoco leo nunca la fecha, y me suceden unas cosas...

La vieja desentendióse, y dándole un temblor á la cabeza, preguntó á la nieta:

—¿Qué le pasó el otro día á Rosalba?

GERIFALTES DE ANTAÑO

—Le ha dado un soponcio, abuela. ¿Cómo se acuerda ahora?

—Porque no estoy desmemoriada, niña. Aun cuando tengo muchos años, no estoy desmemoriada. ¿Y qué me has dicho? ¿Que se ha caído?

—Sí, señora.

—Se habrá lastimado.

—No, señora.

—Hija, pues que te diga cómo ha hecho. La contrataremos en un circo.

Viendo reír á la nieta, le hacía coro la abuela, con esa risa rasgada de las encías sin dientes. Estefanía Verriz daba un nuevo apretujón á las manos amomadas de la tía Paquita:

—¡Qué ingenio tan lozano! ¡A Madrid con nosotras, tía Paca! Tiene usted que conocer á Cánovas del Castillo. Son ustedes muy parecidos, tía Paca.

LA GUERRA CARLISTA

Se animaron los ojos de la anciana:

—Dicen que tiene mucho talento. ¿Tú le conoces, Estefanía?

—Sí, señora. Pero donde usted tendrá mil ocasiones de verle es en casa de sus hijos.

Estas palabras quedaron flotantes en un círculo de silencio. Las cuatro niñas feas interrumpieron su escala de flautas, y hubo rápido cambio de miradas entre aquellos ojos negros, impregnados de una malicia grave. Eulalia, un poco sofocada, tomó el brazo de sus dos primas mayores, poniéndose en medio, y se las presentó á Jorge:

—¿Cuál eliges por patrona del Arma de Caballería?

La Marquesa se ponía su lente de carey:

—Eulalia, si estas niñas no están cansadas, llévalas al jardín. No las tengas aquí prisioneras.

GERIFALTES DE ANTAÑO

Las niñas no estaban cansadas, y se agruparon en torno de su prima, felices de poder murmurar sus secretos en la soledad del jardín, paseando del brazo entre los mirtos centenarios. Al cruzar la antesala, percibieron una voz desvariada que hablaba de prisa y se interrumpía quejándose con mucho dolor. Ante el asombro de las primas, Eulalia les explicó:

—Es la tía Rosalba.

Miraron todas por la puerta de cristales. La vieja estaba en el canapé: Se recogía sobre el pecho un brazo amoratado, tenía el pelo revuelto en una greña sucia, y los ojos vidriados. A sus pies, sentada en un taburete de escuela, hacía calceta una niña. La vieja habla muy voluble entre quejidos, y la niña se mece en el banco. Era la hija de una criada antigua en la casa, y su madre le había encomendado el cuidado de la

LA GUERRA CARLISTA

tía Rosalba. Eulalia cuchichea entre sus primas:

—Lleva tres días sin acostarse. No quiere que nadie la toque ni se le acerque. ¡Es una vieja más ridícula!...

Hizo un gesto la menor de las primas:

—¡Se llenará de miseria!

La reprendió una de sus hermanas:

—¡Calla, tonta!

Insistió la pequeña:

—¡Cómo nos está mirando!... Y tiene los ojos de loca...

Todas sintieron miedo y se alejaron corriendo hacia el jardín.



XXI

A prima noche, después de haber comunicado el santo y seña, salió de su alojamiento el coronel Guevara. Era pequeño y tripudo. Viéndole andar, sin saber por qué, daba la sensación de un viejo maestro de baile. Con saltos menudos atravesó la plaza, toda clara de luna, y entró en el palacio de Redin. Desde el comienzo de la guerra, los jefes que hacían alto en la villa, concurrían á la tertulia de aquella dama contemporánea de Espartero. Hablando

LA GUERRA CARLISTA

con el coronel, preguntándole noticias de la guerra, la vieja se animaba. Pero de pronto, tenía un gesto de enfado:

—Lo que hacen ustedes no puede llamarse guerra.

La Marquesa murmuraba de los generales, se quejaba de los robos que hacían los soldados, y refería una historia muy larga, de cuatro valencianos y de un convoy que iba, que venía. Los valencianos se hacían ricos y continuaban llevando nuevos convoyes, que se perdían muchas veces. De repente, se quedaba con los ojos obstinados, fijos en el coronel:

—¿Es usted casado?

—No, señora.

—¿Ni tiene usted hijos?

—Tampoco. ¡Así estoy más libre para batiirme!

GERIFALTES DE ANTAÑO

—No sé... Los hombres solteros, son ustedes unos egoistas... Y el egoista ama mucho su vida. Si usted no tiene ni mujer ni hijos á quien dejar su nombre, lo estimará menos que otro obligado á dejarlo por herencia.

—Yo puedo querer dejárselo á la Historia.

Se rió la vieja hablando con su sobrina la Condesa de Vértiz:

—¡La Historia! ¿Sabes tú quién hace la Historia, hija mía? En Madrid los periodistas, y en estos pueblos los criados. ¡Vaya unos personajes! En Inglaterra ahora acaban de publicar una biografía del difunto general Redin.

Estefanía puso sus manos, con extremo de cariño, sobre las manos de la Marquesa:

—¡La devoré, tía Paca! ¡La devoré!

Quedó la vieja mirándola, adusta y un poco en baba:

LA GUERRA CARLISTA

—¿De cuándo sabes inglés?

La Condesa sonrió encantada:

—Como era la biografía del tío, al aya de mis hijas hice que me la tradujese. Y hubiera ido á la Embajada. ¡Ay, qué tía más picarona!

La tía desentendióse, dando á su cabeza aquel temblor de vieja adusta y desengañada:

—Toda la biografía está hecha sobre datos del ayuda de cámara que tuvo mi marido cuando la emigración en Londres.

Preguntó con energía el coronel Guevara:

—¿Datos ciertos?

La vieja empezó á reir, moviendo la cabeza:

—¡Como decir que tuvo dos hijos de una inglesa! Yo podría negarlo, pero sería ofender la memoria de mi pobre marido. No pudieron buscar mayor imposible esos hijos de la pérfida Albión. ¡Ay, qué extranjis de mis pecados! Los

GERIFALTES DE ANTAÑO

franceses son peores, una gente que nunca se entera. Nosotros también estuvimos emigrados en París. ¡Nos visitaba Luis Felipe!

Estefania quiso cortar la divagación:

—¿Es verdad, señor coronel, que se prepara una gran batalla sobre Estella?

El coronel respondió midiendo las palabras:

—Todos hablan de eso, pero ninguno sabe nada... La batalla, en mi opinión, será cuando nadie hable... Nosotros tenemos orden de incorporarnos á la columna que opera cerca de Tafalla.

La Marquesa de Redín inclinó el busto poniendo atención:

—¿Qué decía usted, señor coronel?

—Que tenemos orden de correr por la Barranca.

—¿Pero, qué decía usted de Tafalla?

LA GUERRA CARLISTA

—Tafalla es el final del movimiento, donde debemos unirnos con la columna del general Primo.

La barbata de la vieja empezó á temblar:

—¿Qué guarnición dejan ustedes en Otáin?

—Hay orden de levantar todas las guarniciones. Muy numerosas, merman el número de combatientes, y reducirlas es entregarlas á los carlistas. Ya se ha comprobado más de una vez. El Estado Mayor aleccionado por la experiencia...

Crecía el temblor de la Marquesa:

—¡Y las villas que se defendieron contra los carlistas, quedan entregadas á la venganza de esos fanáticos! El Cura Santa Cruz volverá para quemarnos vivos...

Dijo la Condesa con su voz de mieles:

—¿Por qué se apura, tía? ¿No está decidida á

GERIFALTES DE ANTAÑO

dejar este infierno? Pues no vale la pena de que usted se disguste.

Insistió la Marquesa:

—Todo quedará bajo ese castigo de Santa Cruz. ¿Usted es soltero, señor coronel?

—Sí, señora.

—Yo, si fuese hermosa y joven, le ofrecería mi mano á cambio de la cabeza de Santa Cruz. Soy una vieja, pero al que me trajese en un saco la cabeza de Santa Cruz, y me la pusiese sobre la mesa...

Gritó la Condesa:

—¡Jesús, qué horror, tía Paca!

—¡Horror! ¿Te da horror?... Mirate al espejo, hija mía.

Intervino Jorge, hablando con la voz un poco bronca, protectora y simpática:

—Querida tía, puede usted ofrecer como ga-

LA GUERRA CARLISTA

lardón la mano de Eulalia. Seguramente se formaría un ejército para perseguir á Santa Cruz.

Eulalia le gritó, descollando la cabeza por encima de sus primas, agrupadas en torno de un clave del tiempo de Carlos IV.

—¡Calla, guasón!

Y los ojos de la muchacha, llenos de luz bajo los rizos, le llamaban al corro. El coronel se inclinó hacia las señoras mayores:

—Acaso pueda yo ofrecer la cabeza de Santa Cruz, sin otro premio que el de su buena amistad, Señora Marquesa.

La anciana se estremeció:

—¿Piensan en perseguirle activamente?

El coronel hizo un gesto imponente, cerrando el puño:

—Le tenemos ya cazado. Hay cartas de los

GERIFALTES DE ANTAÑO

mismos generales carlistas, proponiendo una suspensión de hostilidades para perseguirle. Lizárraga le cerrará el paso á la frontera, y nosotros lo estrecharemos por el frente. Es seguro que cae. Esta noche á las dos tocamos diana.

Preguntó alarmada la Marquesa:

—¿Qué tropa queda en Otain?

—Cuarenta hombres en el fuerte. Lo bastante para defenderlo de un golpe de audacia. Señora Marquesa, mañana mismo estaremos de vuelta trayendo prisionero á Santa Cruz.

Se irguió la vieja muy agitada:

—Coronel Guevara, sólo le pido á usted que lo fusile en lugar donde yo pueda verlo desde mis ventanas.

El coronel, después de prometerlo solemnemente, levantó la voz dirigiéndose al Duque de Ordax:

LA GUERRA CARLISTA

—Ya sabe usted, querido Jorge, que se toca diana á las dos en punto.

El Duque se acercó un poco sorprendido:

—¿Pero el general autoriza el movimiento?

—Sí, señor, lo autoriza.

—¿Y el Estado Mayor General?

—A mí me basta con que lo autorice el general España. No se puede perder tiempo en consultas.

La Marquesa se volvió con los ojos llenos de lágrimas:

—Señor coronel, permítame usted un ruego. Entre los soldados va un nieto mío, una mala cabeza... Coronel Guevara, póngale usted donde le sea dado distinguirse, para que su abuela tenga el consuelo de poder perdonarlo. Él, que ha olvidado tantas cosas, no olvidará que corre por sus venas la sangre del héroe de los Arapiles.

GERIFALTES DE ANTAÑO

El coronel Guevara, muy conmovido, estrechó las manos de la anciana Marquesa de Redín, Condesa de los Arapiles.

